

SALVADOR DE LA PUENTE

DEL ALMA, DEL AMOR Y DE DIOS

(POEMAS)

DEL ALMA, DEL AMOR Y DE DIOS

(Poemas)

Este libro de poemas fue presentado al Premio Adonais de poesía en septiembre de 1953 con el impulso de su amigo Marino Yerro Belmonte, maestro, quizás cineasta, escritor y publicista, quien propuso el título principal y de las partes, la selección y orden de los poemas y los aspectos formales. El propio Yerro se presentó al mismo premio en la edición anterior.

Respecto a la selección, Yerro dice: *“hice.. que... las poesías no siguiesen un orden cronológico, sino un curso formal según te acercas del menor al mayor grado hacia el centro de cada una de estas ideas que presiden las partes del libro. Por ejemplo, la poesía amorosa... sigue... la medida de profundidad con que poéticamente has llegado a expresar la idea del amor”*.
Carta de Marino Yerro (Madrid, 17 de agosto de 1953)

En el ejemplar disponible, esta dedicatoria firmada:

*A María del Carmen, tu
mano sobre todo mi brazo*

PRESENCIA DEL ALMA

I

Qué pasa,
mirad, qué pasa?
Es extraño ver cómo camina
un ángel sin alas.
Y ahora,
qué viene ahora?
Solo, un hombre mirando hacia el cielo,
a quien nada importa.
Detrás
viene una niña.
Sí, ya he visto: virginal blancura
en la ancha frente.

II

DESTINO

Acaso ya no vuelva,
acaso ya no llegue
y emprenda otro camino.
Quizás camine solo,
quizás en guerra sigan
la luz y el polvo unidos.
Mas teneos, hermanos,
despedidme vosotros
y escuchadme en la vida.

III

Adónde fue la rosa de la tarde,
como pluma,
como aire,
como olor esparcido por los montes,
como vino,
como odre
robado por el águila nocturna.
Que cuanto más batió las negras alas,
presentidas,
rociadas,
más clavaba sus garras en el odre,
derramando
- alba y noche -
la atanásica rosa de la vida.

IV

MI VERDAD, MI FUERZA

Se me ama
como a un milagro en el alma
que tiene que ser creído.
Y soy una sombra,
un monte de árboles reunidos
entre la lluvia.
Un alma húmeda
con los labios secos redivivos
besando almas.
Soy un viento en luz
peregrino de ríos y de espacios.
Soy un ojo encendido
de deseos sincromáticos de mi fondo.

SÓLO

Gris, blanco y rojo;
dorado o blanco?
Tu blanco es rojo adentro,
tu llama virginal
junto a mi blanco.
Tu rojo es solo espuma,
roto mar en tus labios
lleno de luz.
Está la luz
como un chorro cayendo
de plenitud.
Tu gris cubre tu rojo,
rojo tu todo blanco,
dorado acaso.
Sólo tú, roto mar,
rota luz, roto rojo,
junto a mí, sólo.

VI

Azul el mar,
y azul el alma,
y tus ojos, el fondo de tus ojos,
y el más allá de tus ojos,
y el alma.
Y tus dientes,
tus dientes que tiran a azul,
y saben a azul,
y son espesos
como el cándido azul que cae del cielo
o que sube del mar,
o que es el aire que se come y huele a paz,
y también huele a ala y a bosque,
y sabe a luz.
Y anega el puro verde, el valle;
y nos anega a todos,
y sale de nosotros,
o nos extiende, difunde,
en infinito.
Azul.
El mar,
y el alma,
y el más allá.

VII

CAMPÓO, 1

La niña de vidrio
sueña entre la hierba
Y el arroyo claro
resbala en la piedra.
La niña de vidrio
se quebró en la nieve.
Y el prado escondido
llora el suelo verde.

VIII

CAMPÓO, y 2

Corazón de suspiros
le llaman el prado y el trigo.
Y es arco de fuego
su salto acrobático al río.

IX

MAR ASUMPTO

Sabes? mi ría prendida en la niebla!
Está levitada
como una chiquilla que besa a su amor;
cómo arremolina el aire alrededor
sus velos de azur;
sus desnudos pies espuman las ondas.
Si es una chiquilla
- carne sonrosada, limpia y luminosa -
esta ría mía,
locuela y chiflada,
que teje sus sueños de hada madrina
con nieblas de plata.

X

Ondas de mi mar,
de mi mar verde-renacido,
no lloréis en la orilla de mi playa
soledades.
Vale más vuestra sonrisa,
vale más en los arcanos de la vida
vuestro río.
No es menos
que el rumor atardecido de lo santo.

XI

Mi mar,
mi mar de plomo derretido,
mi mar en movimiento,
mi mar de cielo,
mi mar que viene y va
redondo y lleno.
Mi mar de gaviotas soñadoras
- blanca suavidad
que picotea mis entrañas -
que roban mi plenitud
dulcemente.

XII

FRESCURA DE MI MAR

Mi mar siempre distinto,
mi mar heroico
entre lenguas de amor acariciado;
mi mar de el todo despojado,
mi amor del todo
bajado hasta mi seno,
cómo rompe en espumas.

XIII

Mi mar de cada luz,
mi mar que no es el mismo,
nueva sal, nuevo pez, nuevo suspiro,
sólo en mi lengua de amor paladeado
eres la misma ría que me sueña.

XIV

MEDIODÍA

Verde azul,
ría de cielo y árbol,
metida por mis ojos,
tú, tú, tú,
verderol de lo alto,
de sal y luz.

XV

PRIMO VESPERE

Rojiblanco
corazón de la tarde
va descolgando
mi mar crecido y tenso
para acunarlo.

XVI

NO

Azul y rojo.
Y sucio gris que irrumpe,
luz manchada, sucia,
luz y polvo.
Viento y luz en lucha:
tiempo y alma.

XVII

“Nihil habentes et omnia
possidentes”.- S. Pablo.

Qué baja-mar!
Todo está más lleno enrarecidamente,
más puramente;
todo es más enorme, más amplio.
Y el cielo más abajo:
bajo de mí,
más alto – levitado – que el mar,
más cielo.

XVIII

Bajo tu copa estoy, roble,
pensándote.
Ni cuenta me doy
que es más dura la roca en que me siento.

XIX

Resbalé junto al río
y fue mi piedra humedecida.
Después mi piedra seca
me quemaba los pies desnudos.

XX

Besé la piedra
y se hizo piedra mi beso.
Soplé a la piedra
y se hizo piedra mi aliento.
Lloré en la piedra,
y mi llanto lo secó el viento.

XXI

A UN AMIGO

Te puso Dios en mi camino,
y te abriste paso a codazos
poco a poco en mis entrañas.
Casi a caballo de una cruz;
te miraba desde mi infancia
como algo legendario.
Como es tu vida ahora:
un viento que está en su esquina
arrollador y quieto.

XXII

A Teresa

Machacaste la piedra y se hizo polvo.
Lo mezclaste en el vino de mi copa.
Me lo diste a beber y el corazón
tuvo su copia interna, que no es
donde siento clavadas las espinas.

XXIII

Que adónde vas, te digo.
Que el aire solo te puede quemar la piel,
y el pecho traspasarlo con una herida
y traspasar tu vida también en sombra.
Y aun es más tentadora
la blancura luminosa de la carne.
Qué haces,
que sientes siempre angustia aquí en el alma
- esta inmensa oquedad del mismo cielo -,
y es el hambre terrible de los pobres
que quedan boquiabiertos de tanta maravilla,
pero que nunca, nunca, se atreven a pedir
porque... “es tan bello, madre, cómo hablan”.
Qué haces,
que ni un solo momento dejas de insinuar entre las ramas,
vestida como estás de recamadas púrpuras en oro,
oh, tarde, moza embriagadora de mi ría.

XXIV

Vivimos cuando la vida pasa,
vivimos rezagados,
en rozado sentir,
como viendo visiones presentidas,
las alas que nos rozan
y que aun tenemos que hacer nuestras.
Vivimos detrás de todo,
por eso somos el misterio cada uno;
y nuestra propia verdad también nos ciega.
Cerramos los ojos como las estrellas
por cada capa de aire que inflamamos.
Vivimos en tormento.
Somos los gigantes
que apoyan sus piernas distendidas
en tierras diferentes
heridas por un rayo,
que se separan entre sí más cada vez.
Cuando del arco mide su línea el horizonte
el equilibrio cae,
ese equilibrio en que nos es preciso vivir ahora.
Vivimos en tormento,
nuestra vida es palabra de poeta.
Sale al fin y todo se nos marcha,
o nosotros nos ponemos en camino
cuando ya sabemos.
Muchas veces, sorbidos por la luz,
cualquier abeja - siempre presentida -
puede robarnos el néctar
que ni soñar supimos.
Pero vamos gozosos
a conquistar hoy nuestro recuerdo.
Solo la fruta crece
y nos pierde en su jugo
hasta encontrar de nuevo la semilla
que es nuestro destino
tan simplemente todo.
Cuándo será esa vida anticipada,
esa vida prevista?
Porque ahora del todo no sabemos nada,
y ni aun la flor es toda fruto.
Antes pierde muchos pétalos,
cuanto más madura está,
con un ligero viento.
La vida es palabra
que se tiene y ya no se precisa.
Morimos cada instante,

y renacemos después con nueva lengua,
a nombrar originariamente todo
con la nueva raíz que nos empuja.
Y si muere el poeta – su palabra -
el verso no,
que su misterio aun no nos pertenece.
Vivimos detrás de la palabra
persiguiéndola para que ella se adelante.
Queremos cambiar el curso de los astros,
porque vemos dos tierras por ahora.
Siempre un poco vivimos en el otro mundo,
la cabeza hundida por las nubes,
arrastrada por potros alados,
y los pies llevados lentamente horizontales
en apócrifo viaje.
Vivimos todavía separados de nosotros,
pero ella nos espera para unirnos,
- la esperada siempre -.
Esperamos su sí, un sí de palabra,
porque no es bastante la actitud;
la verdad del gesto,
su entrañable verdad, no nos llena.
Sólo la vida nos llenará del todo.
Los ojos de la amada podrán perderse más allá,
pero su oído no;
parece que nosotros le hablamos al oído,
y su sonrisa se dibuja ya.
Es el murmullo de la palabra que se hace;
Y después de hecha se separa
para hacernos solo uno.
Así la muerte nos ama para unirnos,
separa lo que no nos pertenece,
o mejor, sacará por nuestros ojos
que se quedan abiertos
el ángel que llevamos, para vivir como hombres.

PRESENCIA DEL AMOR

XXV

Ahora me gustas,
ahora tu gracia es fina
con ese candor de colegiala
que palpita en mis ansias.
Ahora me gustas
con esa boca graciosa
que habla sin cesar
y que también calla.
Ahora me gustas
en esa proporción griega
de tu cuerpo
bello y simpático,
que hace brotar en mi interior
ensueños claros.

XXVI

Surgimos a un tiempo los dos
sin palabra,
sin verso.
Yo robé tu cariño
sin pensarlo,
sin quererlo.
Te amé con los ojos,
con la voz,
con los besos.
Nos amamos llorando
y riendo
- como ríen dos
que no quieren verse adentro -.

XXVII

Siento tu leve pie sobre mi pie
y un temblor que en el alma se me nace
retarda al corazón su movimiento.
He sentido tu aliento y he sentido
cómo huele tu alma y se te escapa
en pos de mí a unirse íntimamente.
No te llenes los ojos como ríos,
no muerdas en tus labios la palabra,
no tiembles ante mí como una hoja.
Oh, sí que esperaremos; ya, reclina
la frente fatigada sobre el pecho
y descansa tranquila, amada mía.
Deja ahora correr del rojo labio
el río de tus ojos y el temblor
de solo el corazón enmimismado.

XXVIII

Yo sé que el amor que no se dice, nos aumenta;
pero no sabes tú
que si el amor lo dices, te consuela?

XXIX

Como pedrería brilló en mis labios
y se deshizo como nieve en tu cara,
como fruto brotó del corazón,
lo hice con sus llamas virginales;
como a vaso de alfarero dí mi forma,
lo cuidé como obra de mis manos,
como joya que fuera de mi boca.
Te lo dí como un fruto destinado,
y lo escancié como un vino generoso
con su olor esparcido, en tu mejilla.
Me quedé como un árbol defrutado,
y entonces Dios me dio a probar su jugo
como una dulce savia restañada.

XXX

Te he besado ocho veces,
mi tierra transparente,
mi transparencia y tierra de mujer,
hondura,
mi espíritu final y lontananza;
labio también cortado del deseo,
sorbes mi vida,
labio de mi íntima alegría,
fuerza atropellada,
contenida, hirviente, susurrante,
apenas mía, apenas tuya,
apenas de otro ser que ni es nuestro,
ni es voz ni ojo.
Que es sólo aventura,
y solo aliento,
y esponja y húmedo contacto
de algo que nace y muere
sin cuerpo y sin alma,
y no es ángel ni bestia ni elemento.
Que es sólo altura, puesto,
zozobra, oleaje,
fugitivo consistirnos mutuamente,
solo nosotros.

XXXI

SILENCIO

No es preciso que diga una palabra.
Hasta tus ojos llenos devoradores,
como olas de amor que encima se me vienen,
se te quedan absortos.
Ya, tú misma olvidas lo que dijiste;
y acaso sientas otra vez que envejeces.
Solo un gesto nuestro auténtico de amor
vale más que mil penas.
Oh, no, haz lo que quieras; pero deja
libremente al corazón y no te engañes,
que el pesar de ser tu misma te socava
la propia intimidad.

XXXII

Como olas de amor que se me vienen,
como dos inmensas olas,
se aparecen tus ojos transparentes,
como el húmedo contacto
de aquello que nace y muere
tan fuera como dentro de nosotros.
De aquello cuyo cuerpo y alma somos
y nos hace en toda carne,
que parece aquel mar que nos empuja
y nos lleva como un ala
de viento poseedora
de las bellas ilusiones de la muerte.

XXXIII

AZUL EL MAR

La infinita ternura de la mar,
los mil ojos azules en el verde.
Esa infinita ternura de los mares,
de tantos mares
que absorben nuestros ojos.
Esa luz peregrina de la calma,
azul entre los hierros y la piedra.
Un pedazo de ti misma y de mí mismo,
de tantos otros
que viven abrazados.

XXXIV

A ti, amada mía.
Juntos pasearemos por las playas,
con leve pie brincaremos por la arena,
y sentiremos la húmeda caricia de otros mares.
Nos mojará la luz de cada hora,
también la luna se romperá en tu cuello.
Quiero otra vez dejar que mi palabra
navigue por los senos de las ondas,
quiero otra vez beberla ansiosamente,
beberla entre tus labios solamente,
y entrever en tus ojos todo el fondo.
Amo a ti solamente y no a mi alma,
tú eres mi extensa libertad contraria,
tú eres mi fuente de energía plena
que sume todo el agua de mis mares.
Ven, amada mía, y bébeme,
que ya en el horizonte se ha escondido
la palabra salvadora de mi sueño.
Ven y bebamos nueva vida,
que no es bastante el mundo a nuestro gozo
ahora que pisamos sobre piedra,
de nuestros y de tantos corazones.

XXXV

Qué será de ti y de mí?
Y qué será del nuevo ser que somos
- que seremos -?
Será posible que un hogar pacífico
también Dios lo extermine con el fuego,
y que esta sangre vieja que llevamos
no remoce en hijos que se amen?
De esa misma tierra en que soñamos
he visto ayer subir el humo ardiente
oscura profecía, negra rosa
que desencaja el alma de su fondo.
Ahora en que la carne se aparece
con la redonda promesa de la gloria,
Dios me confirma en ese hogar pacífico,
esta segunda hostia de la vida
y nuevo Isac del mundo que presiento.
Y moriremos juntos cuando uno muramos
y enterraránse vivos los corazones nuestros;
y pasarán mil años hasta que la palabra
proceda de las fuentes mismas del amor.
Para entonces seremos – tu y yo -
una estrella en el cielo.

XXXVI

Dónde estabas? Surgiste de mi centro
o te formé yo con mis manos de mi sangre?
Te fue posible estar en parte alguna
antes que el corazón te presintiera?
No te formé en la noche de mi sueño,
no fuiste nunca idea;
y aun ahora tú bebes de mis aguas mansamente.
Fuiste tú la primera clara corriente de mi vida,
el encuentro primero,
al salir a romper con mi pecho la frescura,
al mirar de nuevo el mundo ansiosamente
con mis profundos ojos paternales.
Lo bebo entre tus labios dulcemente
más puro y limpio al verte y tú más limpia
que la idea y la imagen de mí mismo.
Porque eres tú la tercera potencia creadora,
y más que la razón;
eres tú la infinita ternura de los ojos,
su corazón y ritmo,
su eterno progrediente y armonía,
y eres más que el mediodía perseguido y breve.
Eres tú la pacífica hostia que se entrega,
y ungido en el paterno sacerdocio
te elevo sobre mí.

AUSENCIA

Como un mensaje,
vino como una honda palpitación tuya,
como un hondo venir tú a mí,
de no sé qué regiones fronterizas con la muerte.
Sentí que la muerte de uno de nosotros será así;
no un presentimiento,
lo he sentido
como si uno de los dos hubiera muerto,
no sé si tú o yo,
porque los dos nos vimos juntamente,
no aquí o allí o en parte alguna o en todo.
Vivíamos mirándonos.
Y tú me devolvías tu mirar
como una tierna caricia de tus ojos
que me afirmara tu total comprensión,
como una voz que gritara alborozada
que sólo dos formábamos el mundo.
Yo quería estar así toda la vida,
con esta comprensión de tu mirada,
con este ver en ti que ya comprendes
que solo te amo a ti, no a tus virtudes,
no los mil ojos azules de tu verde,
no tu todo blanco rojo virginal,
no tus labios que bebo dulcemente,
no tu discreta turgencia femenina
que abre mis ojos de pez suspiradores,
no la caricia de tus ojos de lago
que asoman dos mansos terneros mugiendo.

XXXVIII

A TI MISMA

Primero amé el color,
después tu labio;
después amé tu pecho,
después tu vida;
hace poco tus ojos,
después tu fondo,
y aún más tarde a ti misma.
Y ahora que te amo,
ni el color de tu labio,
corazón de tu vida,
ni el fondo de tus ojos, amo.
Te amo a ti misma.

XXXIX

PENUMBRA 1

Sombra de amor,
que me has hecho conocer
hasta dónde el amor puede llegar;
cómo le temo!

PENUMBRA 2

Sombra de amor,
tener que darme
cuando ya me has perdido,
derramado.

PENUMBRA y 3

Sombra de amor,
qué mal me has hecho.

XL

Piensa en mí,
porque eso será lo que te salve.
No, espera; voy a ti,
al corazón interior del corazón,
en el que siempre creíste.
Lo sentiste siempre recóndito
y que debiera de esconderse.
Quieres abrirlo ahora para mí,
como se abre una rosa no tocada;
romper el externo corazón,
el que hiciste,
verde cáliz de tu flor,
para dármela roja y toda abierta.
Pero tente, amada mía, y mírame,
que quiero por tu dentro andar aún,
no como el rocío por tus pétalos;
quiero sentirme por ellos apretado,
que tú me sientas
aun vivir un sueño más tu vida,
la alegría expansiva de tu flor anunciada.

A ti, amada mía.
El fuego, sabes? el fuego;
este elemento cotidiano de mi vida.
Le tengo miedo,
desde niño tuve miedo al rubor y a la niñez.
Hoy tu falda lo reflejó en mi cara
con todo su embriagante ardor.
Es tu olor?
También tu olor es un fuego del alma,
un fuego de aires y recuerdos,
de sonrisas tiradas sobre mundos redondos;
no es
el perfume del jabón con que te lavas.
Yo he sentido tu olor refrescar mi garganta
envuelto en el aliento de tu boca.
Qué esencia quemará tu corazón perennemente?
No, tu olor me tonifica y reverdece,
me invita a la rosada sombra de tu paz,
a contemplar el azul asustadizo y joven
de inocentes gacelas que te cruzan huyendo.
Es el fuego, sabes? el fuego;
si no fuera mi eterno elemento quizás no le temiera.
Pero no, no es eso que tú piensas
por lo que temo al fuego.
Yo no temo la sustancial movilidad del alma;
me dejo quemar, eso sí, me gusta arder.
Yo mismo me ardo cada día.
Y nada de esto es natural ni demoníaco
- no cuanto engendra el alma nos domina -.
Yo ardo como los pájaros construyendo nidos
que después jamás han de habitar.
Son locos, sabes? los pájaros,
esos locos veloces de los aires,
que acaban siempre en verdes manicomios.
Verás, te compraré una huerta,
para que puedas verlos con tu oído
cómo alborotan y juegan por las ramas.
Sí, lo sé, no puedes ahora ocuparte de ellos.
Quizás por eso no te cierro ese huerto:
esos locos veloces de los aires
andarían como sueltos en tu ausencia.
Pero el fuego es distinto.
Ellos saben que existe porque lo llevan dentro.
Recorre sus alas en ondas sucesivas,
como ves subir el calor de las arenas...

Y ves todas las cosas
como si fuesen serpientes danzarinas
o jóvenes doncellas.
Pero no, el fuego no lo temo
sino como se teme que una cosa que es nuestra
nos la roben.
Prefiero que el tiempo me persiga,
que nos persiga el tiempo a toque de tambor,
aun cuando lo sienta pertinaz en mis sienes.
Prefiero el eviterno movimiento de la sangre
al fuego que nos prueba,
como un vulgar medidor en una feria,
nuestra interna resistencia a consumirnos.
Por eso temo al fuego.
Por eso temo las haldas flameantes,
y el rubor de los mares,
y los ojos teñidos en sangre.
Temo
que este interno elemento de mi vida
prenda en toda carne silenciosa,
o prenda en el silencio y me consuma.
O que otro fuego, sabes? se me infunda en el alma,
y apague la inquietud.
Porque resisto a morirme
aun sabiendo que es dulce esta muerte
que tanto he ansiado.
Y es que temo que el tiempo se adelante
y no pueda ya recuperarlo.
Tiempo agolpado es el deseo,
un fuego que consume y nos angustia
y toca ya el extremo del columpio.
Cuando sentimos el fuego en nuestro rostro
sentimos también que envejecemos.
Quién pudiera que el tiempo se anudase,
como será en el cielo,
un nudo de eterna juventud.

PATERNIDAD, EL NOMBRE

Llegaré a tener los ojos verdes
 y miraré en el blanco tu rojo virginal,
 y el rojo abandonado y aquel rojo
 que no puede curvarse en este mundo.
 Por qué quiero que sea mi palabra
 la que llegue primero a tus oídos?
 Mejor es que primero un viento cálido
 os profetice el fuego,
 aunque ignoréis vosotros de quién se profetiza.
 Pero que tú, mi amada, me presientas
 y brinques igual que la gacela
 y tengas tus dedos cruzados con los míos,
 para olvidar que han desgarrado un poco
 el velo de mi templo.
 No a olvidar,
 quiero dejar el mundo de las letras,
 no atormentarme con definir mi entraña.
 Ahora que está tu brazo y junto el mío,
 sentimos transfundirnos mansamente;
 y es este el interno movimiento de las almas
 en plena convivencia.
 Tendamos, pues, la vista hacia los campos
 a congraciarnos con todas las sonrisas,
 con todo lo que es fruto y tiene en sí
 la dulce posesión de sus sentires,
 y a consentirnos las ricas soledades.
 Por qué no alegrarme en la promesa
 y sentirme halagado en coincidir
 con el grito universal del mundo nuevo?
 También habrá otros pechos que nos sientan
 con fibra paternal y acaso tiemblen
 sus labios al nombrarnos hijos suyos.

y 3

PRESENCIA DE DIOS

XLIII

PRESENCIA DE DIOS

Presencia de Dios, me llenas todo, me tomas todo.
Dejada toda cosa,
saboreo la muerte en su mortal soledad,
soledad vivida.
Y me encuentro en tu seno,
toda cosa dejada viviéndola en sí misma,
retornado de la muerte,
en pleavida;
en anticipo de aquella todavida
desde aquí y ahora,
traspasada la muerte,
sabiéndome concha hecha
- manos en concha votivamente -,
y que se hace, y que se hace más,
para tener más todavida,
la Vida,
la vida superabundante eternizada.
Y me encuentro en tu seno, me hallo,
yo y no yo, y El y yo, y yo y El uno y todo,
y con todo uno.
Soledad vivida,
mi yo caído – mi mismidad – viviéndome sido y siendo,
y nunca sobreseído, y nunca sobreviniendo,
viviéndome como fui sido (por El conmigo)
que interminablemente me es siendo,
mi ser querido,
mi ser eternizado.

XLIV

Señor ¿por qué pensar esas cosas
que arrancan la vida?
Dejarlas pasar
- tranquilo y resignado -
y seguir caminando
sin otro sentirse que la propia nada.
Disiparse en los aires,
hacerse transparente e invisible,
liquidarse en el mar
o confundirse en el azul del cielo,
es algo bello
y es algo amargo.
Quiero caminar mi propia nada
- tranquilo y resignado -
sin saber que he ansiado
un alma de mujer en que apoyarme
y no me ha sido dada.
Refresque, Señor, la sombra de tus alas
mi caminar cansado y sudoroso,
y dame a saber qué tierra piso
aunque no quiera sentir más que mi nada.

XLV

1

Sí, hazme pequeño, Señor;
tendiendo a confundirme entre los hombres.
Dame golpes que arranquen pedazos de mí mismo
y repárteme vivo entre ellos.
Pero hazme redondo,
sin ángulos,
que no noten que soy yo.
Hazme como la arena fina,
no como la esquirra
de una roca tirada de lo alto.

y 2

Sí, hazme pequeño, Señor;
tendiendo a confundirme con el polvo
que pisan todos,
que todos sacuden.
Hazme como el polvo del aire
que les de sed de Ti,
sin que sepan quién soy.
Hazme seco, Señor,
como el madero de tu cruz,
prietas las fibras secas
sin rocío de noche estremecida por estrellas.
Seco, sin lluvia de justicia.
Pesado y seco,
como tu cruz mía.

XLVI

Como un eco errante te seguiré, mi Dios,
como una voz vuelta de tu piedra,
de esa tu eterna piedra destinada,
arrolladora y quieta
como un viento en su esquina.

Como un eco errante te seguiré, mi Dios,
en la opuesta dirección que tu piedra dijo,
para más distinguirme
más alejado en el haz de mi ámbito,
más solo en el gozo de la inmensidad.

XLVII

No,
más hondo es el amor,
más hondo,
más solo.
Solo es el destino
que nos acompaña,
este insólito ser por que nacemos.
Te amo, Señor,
que eres mi fondo,
mi coincidencia, Dios, y mi proyecto.
No,
más hondo es el amor,
más hondo,
más solo.
Tú, mi consistencia,
estás como el blanco
de esta flecha asestada que me has hecho.
Y yo, desde el fondo,
me amo en Ti mismo,
que nací para amarme en tu secreto.
No,
más hondo es el amor,
más hondo,
más solo.
Y aún más, Dios, te amo
por ser Tú quien eres:
y eres más y más de lo que anhelo.

XLVIII

MI DIOS, MI FONDO

Heriste, hondero,
mi barro de colores,
cien ojos de tu barro recocado.
Entre tus dedos
quedó la forma mía
como un abismo y vértigo a tu idea.
El pensamiento
escapa de tus ojos
mientras frotas el barro entre los dedos.
Sopló tu aliento
frescura a mis colores
y salí disparado de tu honda.

XLIX

“Et vita erat lux hominum. Et lux
in tenebris lucet”.- Jo., I.

Arrójame, Señor,
como al uranolito
que aún seré por mi estructura
algo coleccionado
entre las cosas raras.
Porque soy sólo una dura roca
en cuyas venas se arraiga el árbol de la tierra,
que la hace saltar en pedazos a estallidos secos,
y los pierde sin saber su unidad,
sin gustarla.
No calma su voracidad, Señor, conmigo,
ni con tantas piedras del camino
que ya levantan sus diamantinos picos hacia el cielo.
Parece como si Tú no te calmaras
con estas almas levantadas a rayar el cielo, perseguidas,
heridas con el rayo de la vida
que es la luz del hombre.

L

SOLEDAD EN LUCHA

Puesto estoy, Señor, entre la espada y la pared
con los ojos vendados.
Mi frente toca un tiempo parado de rosas deshojándose,
y el peso de mis manos sin destino cae cruzado en mis cabellos.
Es fácil ya, Señor, contármelos.
Era un pie de caminante sin camino
forzado en el andar,
era un fuego de vino rebosante
ligero como el heno.
Era solo lo nacido bueno en todo hombre.
Rígida la pared blanca de mi frente,
de mi ausente presente,
de mi futuro ansiado,
de mi ser no encontrado,
mi no recreado creyente.
Y tú detrás,
desde la cruz clavado,
clavándome la espada de tus pies
en mi costado.

Qué haces, Señor, Tú con las cosas,
con qué manos las tocas,
cómo son para Ti,
cómo se vive en tu oquedad completa
o quizás vives solo?
Y si viviste solo algún día,
cuándo sentiste angustia
de estar solo en tu dentro?
O Tú de alguna compañía eterna
quisiste liberarte?
Acaso las cosas tengan vida,
o Tú me has creado
como lacero tuyo
que desde el centro de tu astro errante
las mantiene en tu órbita?
Adónde irían siempre fluyentes
si los ángeles fueran
los únicos geómetras
que habitasen los cielos de tu hondura
midiendo con la idea?
Estos ojos que ansiamos dejar
sepultos para siempre,
y extendernos en todo
con la gozosa libertad interna
del puro movimiento.
Cuando Tú te hiciste por nosotros
verbo y espada, tiempo,
en qué original lazo
nos uniste que hasta las cosas vuelven
a rodar en su quicio?
En qué lado nuestro las pondrás
que no nos roben nunca
estos ojos revueltos,
que ansiamos que los ciegue eternamente
tu inescrutable hondura?
Acaso Tú mismo no quisiste
aparecer lanzado
entre las cosas vivas,
rumor y hasta delicia de los hombres
bajo su piel dorada?
Acaso iré, Señor, entre los vivos
sin un blanco cortejo
de cosas entrañables?
Cómo van a olvidarme si me traen
tu invisible presencia?

En qué ángulo estás de lo invisible
si no tocas las cosas,
si no saltan conmigo
la borrachera de mi propia muerte
para que Tú me bebas?
Y Tú embriagado de mí saldrías
a pasearte al fresco
del día entre mis cosas,
como era en el principio de los siglos
en el jardín de Edén.

ABBA!

Dios mío,
que te conozco menos
y menos que cuando empezaba a conocerte,
todavía menos que a mi propia confusión
y que a este desvelo de mi dios próximo
que Tú me fondeaste.
Señor mío,
porque te amo más,
y cuanto más te necesito y desconozco,
todavía más amado que mi dios intuitivo,
y que el nombre presentido de su nombre
por el que os llamo Padre!

LIII

¿Viste la luna aquella?
Huía como un alma que llevara
envuelta en su ropaje
un niño casi-vivo.
Tenía el rojo velo
que ofusca su mirada escrutadora
en medio de la noche.
Y gustaba en su labios
el rumor de dos sangres incipientes,
esa ternura siempre primeriza.
Hasta que un nuevo soplo del oriente
la arrebató a la altura.
Sabes ya que no quiero
tomar apunte alguno de esa luna?
Pero aun eso no es todo;
un esfuerzo ocupa por entero
mi invencible esperanza.
Todavía no puedo entenderme
con mi dios paternal.
Solo sé que es verdad y me asiste.
No sabré cómo es
mientras tenga mi tierna cabeza
hundida entre las nubes,
mientras potros alados me arrastren
separándome el alma.
Espera a revelarse esta imagen
que te daré en herencia.
Espera a la impronta de mi vida,
de mi paternidad.
Y si acaso no sale a la luz
que Dios me compadezca.

Te he encontrado, mi Dios encarcelado,
en todo hombre, en todos;
en todos estuviste como estás
ahora entre mis ansias.
Estos días no dejo que mi alma
me la separe el ángel,
y vivo sólo el tiempo venturoso
de tu paternidad.
Este tiempo distinto de las cosas
no es el tiempo del hombre;
el tiempo tuyo y mío se penetran
y es íntimo contacto.
Te he confirmado ya tres veces mío,
tres veces tuyo, y uno,
y estás como el sagrado toque y sello
de mi destino eterno.

Señor,
yo sé que no se puede morir con este amor,
que es muy grande su peso y como un vuelo,
que es un dulce colgar de una cruz salvadora
y vale humanamente como valió tu muerte,
de tanto amor teándrico premio, fruto y suerte
- de tanto amor divino eterna vida -.

FELICIDAD

Quisiera uno estacionarse,
echarse como un pato el agua por encima,
que resbalara el agua sobre la blanca pluma
con toda la alegría de los ojos;
quisiera uno estacionarse sobre los anchos lomos
y seguir viviendo cada instante
sin sentir el rumor de su cadena.
Oh, y también el pasado
cazarlo con el lazo de un vaquero curtido.
Qué ansia de morir pronto tenemos,
de morir pronto cuantos aman la vida.
Y cómo Dios sorprende el corazón de aquel que lo desea.
Cómo sorprende Dios el corazón
del creyente que no aspira ya al milagro
y echa a andar como solo por el mundo,
sin otra compañía que su fe.
Cómo sorprende Dios el corazón
con sus labios de amor que lo acarician
a punto de romperlo.
Cómo nos sorprende a cada paso,
y a punto de morirnos
nos alarga la vida con los mejores sueños;
y cómo nos sorprende dándonos
lo que después de todo siempre presentimos.
No es extraño que aquella jovencita
que irrumpe primeriza a este mundo dichoso,
lo acepte como algo natural.
Pero nosotros,
que sabemos que no es así la vida,
a nosotros cómo nos sorprende.
Cómo nos sorprende y abre el corazón a la esperanza,
a contar con el Padre que todos precisamos.

ÍNDICE

DEL ALMA, DEL AMOR Y DE DIOS

1

PRESENCIA DEL ALMA

- I.- Qué pasa
- II.- Destino
- III.- Adónde fue la rosa de la tarde
- IV.- Mi verdad, mi fuerza
- V.- Sólo
- VI.- Azul el mar
- VII.- Campóo, 1
- VIII.- Campóo, y 2
- IX.- Mar asumpto
- X.- Ondas de mi mar
- XI.- Mi mar
- XII.- Frescura de mi mar
- XIII.- Mi mar de cada luz
- XIV.- Mediodía
- XV.- Primo vespere
- XVI.- No
- XVII.- Qué baja-mar!
- XVIII.- Bajo tu copa estoy, roble
- XIX.- Resbalé junto al río
- XX.- Besé la piedra
- XXI.- Te puso Dios en mi camino
- XXII.- Machacaste la piedra y se hizo polvo
- XXIII.- Que adónde vas, te digo
- XXIV.- Vivimos cuando la vida pasa

DEL ALMA, DEL AMOR Y DE DIOS

2

PRESENCIA DEL AMOR

- XXV.- Ahora me gustas
- XXVI.- Surgimos a un tiempo los dos
- XXVII.- Siento tu leve pie sobre mi pie
- XXVIII.- Yo sé que el amor que no se dice...
- XXIX.- Como pedrería brilló en mis labios
- XXX.- Te he besado ocho veces
- XXXI.- Silencio
- XXXII.- Como olas de amor que se me vienen
- XXXIII.- Azul el mar
- XXXIV.- A ti, amada mía
- XXXV.- Qué será de ti y de mí?
- XXXVI.- Dónde estabas? Surgiste...
- XXXVII.- Ausencia
- XXXVIII.- A ti misma
- XXXIX.- Penumbra, 1, 2 y 3
- XL.- Piensa en mí
- XLI.- A ti, amada mía
- XLII.- Paternidad, el nombre

DEL ALMA, DEL AMOR Y DE DIOS

y 3

PRESENCIA DE DIOS

- XLIII.- Presencia de Dios
- XLIV.- Señor, por qué pensar esas cosas
- XLV.- Sí, hazme pequeño, Señor, 1 y 2
- XLVI.- Como un eco errante
- XLVII.- No...
- XLVIII.- Mi Dios, mi fondo
- XLIX.- Arrójame, Señor
- L.- Soledad en lucha
- LI.- Qué haces, Señor, Tú con las cosas?
- LII.- Abba!
- LIII.- Viste la luna aquella?
- LIV.- Te he encontrado, mi Dios encarcelado
- LV.- Señor
- LVI.- Felicidad